

por su adhesión caballerescas á la monarquía y repartidos en diferentes posadas y casas de huéspedes del cuartel de las Tullerías, provistos de armas que ocultaban entre su ropa, y teniendo cada uno una seña y una tarjeta que les facilitaba la entrada en el palacio los días de reunión: compañías de hombres del pueblo y de antiguos militares que recibían sueldo de la lista civil, y mandados por Mr. de Augremont en número de quinientos ó seiscientos hombres; además la inmensa servidumbre de palacio; los batallones de la guardia nacional de los cuarteles afectos al rey, tales como el de la Cuesta de los Molinos, y el de los Hijos de Santo Tomas; un cuerpo de gendarmería á caballo, compuesto de soldados escogidos en los regimientos de caballería; y en fin, una porción de tropas acantonadas en las cercanías de París: todas estas fuerzas reunidas constitucionalmente alrededor de las Tullerías en un día de combate, prestaban á la corte un apoyo sólido y la esperanza de una victoria de que el rey podía sacar partido para la restauración de su autoridad.

Estas fuerzas, eran efectivas y mas que suficientes si hubiesen sido bien dirigidas contra las numerosas, pero desordenadas de los barrios: el rey confiaba y los cortesanos tenían seguridad, y bien lejos de temer una nueva insurrección la deseaban en los conciliábulos de las Tullerías. La certeza de destruir y derribar á los hombres del 20 de junio tranquilizaba todos los ánimos. El trono había llegado á tal punto de decadencia que no podía alzarse si no por una victoria. Esperaba la batalla y se creía preparado á ella.

XIV.

Por su parte, los girondinos y los jacobinos, consternados por la reacción en la opinión que las jornadas in-

completas del 20 de junio habían producido en París y en las provincias, se preparaban al último asalto. Aunque no tuvieron un acuerdo previo sobre la naturaleza del gobierno que darían á la Francia después del triunfo del pueblo, tenían necesidad de triunfar, y conspiraron juntos para destronar su enemigo común: la llegada de los marseleses á París, debía ser para los dos partidos la señal y el medio de acción. Estos hombres enérgicos, feroces, sofocados por la larga marcha que acababan de hacer en medio de los calores del estío, y enardecidos en el camino por el incendio de las opiniones, que devoraban las poblaciones y los campos, traían las llamas á París; mas aguerridos para las empresas desesperadas que el pueblo fogoso, pero poltron de la capital, los marseleses debían ser el centro de la gran insurrección. Era una banda de quinientos hombres, acceso viviente del furor demagógico que reflujía de las estremidades del imperio para venir á dar fuerza al corazón. Se habían aproximado, conducidos por gefes subalternos; los dos gefes habían llegado antes á París; eran estos los dos jóvenes marseleses, Barbaroux y Rebecqui.

Este, había sido uno de los primeros agitadores de su país en 89, cuando en la elección de Mirabeau para la Asamblea constituyente se alborotaron Aix y Marsella: habiéndosele formado causa por su participación en esta insurrección, había sido defendido por su elocuente cómplice ante la Asamblea; hecho gefe de los jacobinos de Marsella se puso á la cabeza de los batallones de la guardia nacional de esta ciudad, que habían marchado sobre Arlés, y arrancado á la venganza de las leyes á los asesinos de Aviñón. Enviado al tribunal de Orleans por este hecho, le declaró libre por la amnistia que los girondinos habían arrancado para los crímenes del Mediodía: resuelto á llevar la revolución hasta su término, aun á riesgo de traspasar los límites que ella se había propuesto, Rebecqui, ligado entonces con los girondinos, había vuel-

to á Marsella y reclutado, de concierto con Barbaroux, la columna móvil de marseleses de que los conspiradores de París tenían necesidad para electrizar á la Francia y llevar á cabo sus designios. El llamamiento de esta fuerza popular fué pensamiento de madama Roland y ejecutado por sus dos jóvenes séides, y mientras que los oradores y tribunos de la Asamblea peroraban vanamente en los Jacobinos, en los Franciscanos, y en el Picadero, agitando las masas sin darles el impulso preciso, una muger y dos jóvenes tomaban sobre sí la responsabilidad de los acontecimientos, y preparaban el momento supremo de derrocar la monarquía.

Barbaroux y Rebecqui encontraron á Roland en los Campos Eliseos pocos dias antes de la llegada de los marseleses; el antiguo ministro y los dos jóvenes se abrazaron con aquel sentimiento de solemne tristeza que se escede en el corazon de los hombres resueltos hasta llevar á cabo proyectos estremos; despues de haber hablado en voz baja de las desgracias de la patria y de los planes que se ocupaban, convinieron para no hacerse sospechosos á la vista de los espías de la córte, en tener al otro dia en casa de madama Roland su última entrevista.

Los dos marseleses fueron por la noche á la pequeña habitacion de la calle de la Harpe, en donde vivia desde su caida el ministro desgraciado. Madama Roland, alma de su marido, é inspiracion de sus amigos asistió á la reunion, y la elevó á la altura y á la resolucion de sus ideas. «La libertad se pierde, damos tiempo á la córte, dijo Roland, La Fayette ha venido á revelar á París con su presencia dictatorial, el secreto de las traiciones que ha meditado en el ejército del Norte: el del centro no tiene ni comité, ni adhesion, ni general. ¡Dentro de seis semanas los austriacos estarán en París!»

Se desplegaron mapas, se estudiaron las posiciones, las líneas de los rios, las vertientes de las montañas, los desfiladeros que podian oponer obstáculos mas inaccesi-

bles á la invasion de los estrangeros; se designaron los campos de reserva destinados á cubrir sucesivamente las líneas secundarias, cuando las principales fuesen forzadas; en fin, se resolvió apresurar la llegada de los batallones de Marsella para ejecutar el decreto del campamento á la inmediacion de París, y para prevenir por una insurreccion decisiva el efecto de las *tramas* de la córte. Quedó convenido que Petion, que era necesario al movimiento proyectado por el ascendiente de su nombre, y necesario en el corregimiento para paralizar toda resistencia de la municipalidad y de la guardia nacional al complot, conservaria su papel de neutralidad legal é hipócrita tan útil á los proyectos de los agitadores. Barbaroux, comiendo con él algunos dias despues le dijo, que no tardaria mucho en estar preso en su casa. Petion lo entendió y se sonrió, su muger simuló asustarse. «Tranquilízase, señora, dijo Barbaroux, si ponemos preso á Petion, será cerca de vos y se le atará con cintas tricolores.»

Carra, adyirtió igualmente á Petion, que no se le comprometiera respecto á sus deberes oficiales de corregidor, dándole una guardia de seguridad, que aparentando violencia, le impediría obrar en el momento de la insurreccion. Petion aceptó de tal suerte este papel en la comedia de legalidad que se iba á representar, que se quejaba despues al acontecimiento de que los conjurados habian tardado en hacerlo prender, y tuvo que apresurar repetidas veces por sí mismo la llegada del destacamento que debia fingir su prision. Madama Roland fué el alma, Petion el medio, y Barbaroux, Danton, y Santerre, los directores del movimiento.

Los conspiradores buscaron durante algunos dias un general capaz de imprimir una direccion militar á sus fuerzas indisciplinadas, y de crear un ejército del pueblo contra el ejército de la córte: pusieron los ojos en Montesquieu, general del ejército de los Alpes que se hallaba en estos momentos en París, á donde habian ido pa-

ra solicitar refuerzos; Montesquieu era ambicioso de gloria, de dignidades y de riqueza; adicto por su nacimiento al partido de la corte, y por sus principios y por la perspectiva que la revolucion abria á su fortuna al partido del pueblo. Parecióle á Danton uno de esos hombres que se dejan ganar para prestar un gran servicio á la libertad como para prestárselo al trono. Roland y sus amigos tuvieron una conferencia con este general en casa de Barbaroux, allí le descubrieron parte de sus planes, que Montesquieu escuchó sin admiracion y sin repugnancia, pero no se decidió, por lo que creyeron que la corte se los habia adelantado, y que Montesquieu, dudando del resultado de esta última lucha entre el pueblo y el rey, queria permanecer indeciso como la casualidad, y libre como el acontecimiento; lo dejaron sin romper con él, y se decidieron á no dar al pueblo mas táctica que su furor, ni otro general que su fortuna.

XV.

Al otro día, 29 de julio, los marseleses llegaron á Charenton. Barbaroux, Bourdon del Oise, Merlin y Santerre, fueron á recibirlos acompañados de algunos hombres arrojados de los Jacobinos y de los barrios; un banquete fraternal reunió á los marseleses y á los conjurados de Paris, dándose las manos y confundiendo sus voces: los gefes encontraron á su ejército y el ejército halló á sus gefes; la accion no podia tardar. Despues del banquete, en que el entusiasmo que devoraba los ánimos rompió con la música de Rouget de Lisle, los conjurados despidieron por algunas horas á los marseleses alojados en casa de los principales patriotas de Charenton, y se fueron á favor de la noche á una casa aislada del pueblo, rodeada de jardines y que servia hacia mucho tiem-

po de asilo á sus conciliábulos. Santerre, Danton, Fabre de Eglantine, Panis, Huguenin, Gonchon, Marat, Alejandro, Camilo Desmoulins, Varlet Lenfant, Barbaroux y algunos otros hombres de accion se encontraron en esta casa, que era donde en las jornadas de la revolucion, pasaban la vispera de aquellos días. Allí se daba la hora y la orden. Estas deliberaciones íntimas, pero las mas veces tempestuosas, precedian á estas resoluciones; unas callejuelas solitarias y estensos campos cultivados por los hortelanos de los arrabales, separaban la casa de los conjurados de otras habitaciones, de suerte que la concurrencia de los conspiradores no se notaba y las vociferaciones se perdian en el espacio. Las puertas y las ventanas estaban siempre cerradas, dando á esta mansion la apariencia de una casa deshabitada. El portero no abria la puerta sino por la noche y mediante señales de reconocimiento convenidas de antemano. Era mas de media noche cuando los directores del movimiento llegaron á la casa por senderos diferentes, con la cabeza aun aturdida con los himnos patrióticos y los vapores del vino. Por una de esas extrañas coincidencias que parecen asociar algunas veces las grandes crisis de la naturaleza á la de los imperios, una tempestad estalló sobre Paris en estos momentos. Un calor sofocante y seco habia ahogado la respiracion durante el día, y espesos nubarrones jaspeados por la tarde con tintas siniestras, tenia como eclipsado al sol en un océano aéreo. Hacia las diez la electricidad se desprendia por millares de relámpagos parecidos á palpitaciones luminosas del cielo: los vientos contenidos detrás del velo de nubes rugian cual alborotadas olas, abatiendo los sembrados, tronchando las ramas de los árboles y levantando los techos; la lluvia y el granizo resonaban en el suelo como si la tierra hubiera sido apedreada desde lo alto; las casas se cerraron, las calles y los caminos quedaron desiertos en un momento. Las exalaciones que no cesaban de estallar y de herir durante

ocho horas seguidas, mataron muchos de los hombres y mugeres que van por la tarde á proveer á París: algunos centinelas se encontraron abrasados entre las cenizas de sus garitas.

Varias rejas de hierro torcidas por el viento ó por el fuego del cielo, fueron arrancadas de los muros donde estaban fijas por goznes y llevadas á distancias increíbles. Las dos cúpulas naturales que se elevan por cima del horizonte de la campiña de París, Montmartre y Mont Valerien, se trasmitian mutuamente el fluido acumulado en las nubes que las envolvian. Los rayos atraídos con preferencia por todos los edificios aislados y cubiertos de hierro, derribaron todas las cruces que se elevaban en el campo, y en las enrucejadas de los caminos, desde el llano de Issy y los bosques de San German y de Versalles, hasta la cruz del puente de Charenton: al otro día, los troncos y los brazos de estas cruces yacían por el suelo, como si un ejército invisible hubiese derribado á su paso todos los signos que aborrecía del culto de los cristianos.

XVI.

Alumbrados por estas rayos, fué como los conjurados de Charenton deliberaron destruir el trono; Danton, Huguenin, Alejandro, y Camilo Desmoulins mas en contacto con los cuarteles de París, respondieron de las disposiciones insurreccionales del pueblo.

Santerre, prometió que cuarenta mil hombres de los barrios, irian al otro día delante de los marseleses como para fraternizar con ellos. Se convino en situar á los federados forenses en el centro de esta formidable columna y hacerla desfilar de los barrios á los diques; con orden de Petion, cómplice en la asonada, un tren de artillería débilmente escoltado debia situarse en el camino que lle-

vasen los marseleses, de suerte que fuese tomado por ellos; mil insurgentes debian destacarse de la columna principal durante su desfile hácia el Louvre, rodear la casa de Ayuntamiento, paralizar á Petion, y favorecer la llegada de nuevos comisarios de las secciones que vendrian á deponer al ayuntamiento, é instalar uno nuevo y dar de este modo un carácter legal al movimiento. Cuatrocientos hombres irian á detener al directorio del departamento. El Arsenal, el mercado de trigo, los inválidos, las casas de los ministerios, y los puentes del Sena se ocuparían por destacamentos numerosos: el ejército del pueblo dividido en tres cuerpos, avanzaria sobre las Tullerías, campando en el Carrousel y en el jardin con sus cañones, viveres y tiendas, se fortificaria con cortaduras, barricadas, y reductos de campaña, interceptando así todas las comunicaciones entre el palacio y sus defensores de fuera si se presentasen: la débil guardia suiza de las Tullerías no trataria de resistir á un ejército innumerable provisto de artillería: no se atacaria á los otros regimientos suizos en sus cuarteles, contentándose con cercarlos y con decirles que esperasen inmóviles la manifestacion de la voluntad nacional. Tampoco se penetraria á la fuerza en el palacio; únicamente se bloquearia al trono en su último asilo y á imitacion del pueblo romano cuando se hubiese retirado al monte Aventino, se enviaria un plebiscito á la Asamblea para significarle que el pueblo campado alrededor de las Tullerías, no depondria las armas si no despues que la representacion nacional hubiese provisto á los peligros de la patria y asegurada la libertad. Ningun desorden, ninguna violencia, ningun pillage quedaria impune, ninguna sangre se derramaria: la abolicion del trono se ejecutaria con estas imponentes demostraciones de fuerza que desanimando toda resistencia quitarian el pretexto y la ocasion de todo exceso. Este era un acto de la voluntad del pueblo, grande, puro, é irresistible como él.

Tal era el plan de los girondinos escrito con lápiz por Barbaroux, copiado por Fournier el americano, unode los gefes de los marseleses y adoptado por Danton y Santerre.

XVII.

Los conjurados juraron ejecutarlo al otro día por la mañana, y para precaverse recíprocamente contra la revelacion de un traidor de entre ellos, convinieron en vigilarse mutuamente; cada gefe marseles se llevó uno de los gefes parisienses, y con cada director parisiense iba tambien un oficial marseles. Heron fué con Rebecqui, Barbaroux con Bourdon y así de los otros, á fin de que la traicion de cualquier parte que viniese, tuviese al momento su vengador en el cómplice mismo que hubiese escogido. En cuanto á decision de la Asamblea nacional, se abstuvieron de prejuzgarla por temor de que naciesen divisiones en el momento en que la unanimidad era mas necesaria, es menester que el objeto de los partidos sea tan vago é indeciso como las pasiones y las quimeras de cada uno de los que la componen. Suprimir todo lo que no es necesario, no definir nada y esperar lo todo á la casualidad es el prestigio de las revoluciones.

Solamente la abolicion del trono era el grito general de los patriotas; la pedian ya en voz alta en los clubs, en las secciones, en las peticiones y en la Asamblea. El pueblo campado alrededor del palacio que le mostraban como el foco de la traicion, la pediria inevitablemente á sus representantes, pero ¿haciendo descender al rey del trono, elevarian á otro en lugar del depuesto? ¿Y á quién se llamaria? ¿Seria á un niño bajo la tutela del pueblo? ¿Seria al duque de Orleans? El duque de Orleans tenia familiares, pero pocos partidarios. Si su complicidad contra la córte tentaba á algunos hombres sin

honor y cargados de deudas, su nombre mal opinado repugnaba á los amigos sinceros de la libertad. Nacimiento, fortuna, conformidad de intereses, popularidad, comunidad de opinion, adhesion á la causa popular, tales eran los titulos que tenia el duque de Orleans para ser coronado por el pueblo y para triunfar con él, no le faltaba mas que uno: la consideracion pública. El podia servir y salvar á su pais, pero no podia dar lustre á la revolucion. Esta era su única tacha. Robespierre y los jacobinos repugnaban aceptar su nombre, y los girondinos lo desdenaban á causa de las personas de que estaba rodeado: todos lo deseaban por un comun acuerdo del programa que se propusieron.

Roland, Vergniaud, Gensonné, Guadet y el mismo Barbaroux, aunque indeciso y vacilante ante la república, la preferia con todas sus tendencias á la anarquia y á la dominacion de un principe que hiciese pasar el trono de la violencia á la debilidad y que diese, segun ellos, á una Constitucion jóven y sana, todas las miserias de la decrepitud. Cambio de dinastia, regencia, dictadura ó república, todo quedó en una reticencia completa entre los promotores del movimiento. Produjeron el acontecimiento contentándose con prepararlo sin pedir anticipadamente que sobre él guardase secreto. Esto fué la marcha constante de los girondinos, incitar siempre sin saber para qué. La casualidad fué la que hizo de estos hombres los instrumentos de la revolucion y la que no les permitió nunca dominarla. Por su carácter estaban destinados á dar el impulso, nunca la direccion: así fué que fueron arrastrados por ella á otra parte, y mas lejos de la que ellos se propusieron.

XVIII.

Este plan abortó por la imposibilidad de tomar durante la noche las disposiciones necesarias para la reu-

nion de los insurgentes. Barbaroux acusó de esta detención á Santerre que quería mas la agitacion de su arrabal que la caída del gobierno. Petion mismo no estaba pronto. Centro de todos los movimientos legales ó insurreccionales de la guardia nacional, confidente á la vez de los que querian defender la Constitución y de los que querian atacarla, hablaba á cada uno un lenguaje diferente y daba órdenes contradictorias, resultando una confusion de disposiciones, de consejos y de medidas, que dejando á todo el mundo en la incertidumbre sobre las verdaderas intenciones del corregidor de Paris, lo suspendia todo. Ni Paris ni los arrabales se movieron, los marseleses se pusieron en marcha sin otro acompañamiento que los gefes que habian venido el dia anterior á fraternizar con ellos. Doscientos hombres de la guardia nacional y unos cincuenta federados, sin uniforme, armados con picas y cuchillas, asistieron á su entrada en Paris, la hez de los arrabales y del Palacio Real, muchachos, mugeres y gente ociosa formaban calle en la plaza de la Bastilla y en las demas que atravesaban para ir al corregimiento, Petion arengó á sus columnas y se les destinó cuartel en la calzada de Antin, al que se fueron.

Santerre y algunos guardias nacionales del arrabal de San Antonio les habian hecho preparar un banquete en un restaurador de los Campos Eliseos; no lejos de alli en algunas mesas puestas en otro restaurador, se reunian premeditada ó casualmente cierto número de oficiales de la guardia nacional de los batallones adictos al rey, algunos guardias de corps licenciados y varios jóvenes escritores, realistas: este encuentro no podia menos de producir un alboroto. Se creyó que los realistas lo deseaban para sublevar á Paris contra esta horda estrangera y para pedir la salida de los marseleses para el campo de Soissons: en el calor de la comida dieron con intencion las voces de ¡*Viva el rey!* que parecian desafiar á los enemi-

gos del trono: los marseleses respondieron con los gritos de ¡*Viva la nacion!* los ademanes provocaron los ademanes; los grupos del pueblo que presenciaban de lejos los banquetes, tiraron barro á los granaderos realistas, éstos tiraron de sus sables, el pueblo llama en su socorro á los marseleses, los fosos y las verjas que separaban los dos jardines fueron franqueados en un momento; se cruzaron los aceros, los hierros de las verjas sirvieron de armas á los combatientes, corrió la sangre, y muchos guardias nacionales fueron heridos. Uno de ellos, el agente de cambios Duhamel, tiró dos pistoletazos sobre sus agresores, y cayó atravesado por la bayoneta de un marseles. El comandante general de las tropas de guardia en palacio hizo tocar generala y colocó la artillería en el jardin, como si hubiese temido una invasion. El batallon de los Hijos de Santo Tomás tomó espontáneamente las armas para correr en auxilio de los granaderos. Otros batallones le imitaron situándose en los baluartes y quisieron ir para tomar venganza al cuartel de los marseleses. Petion se apresuró á ir alli, puso en libertad algunos presos, contuvo á la guardia nacional y restableció el orden.

Durante este tumulto, los realistas fugitivos tuvieron asilo yendo por el puente levadizo al jardin de las Tuilerias, y á los heridos se les trasportó al cuerpo de guardia de palacio. El rey, la reina, las señoras de la corte, los gentileshombres reunidos alrededor de ellos por la noticia del peligro bajaron al cuerpo de guardia, curaron con sus propias manos las heridas de sus defensores, manifestando interés por la guardia nacional é indignacion contra los marseleses. Regnault de Saint Jean de Angely fué del número de los heridos. Por la noche, la sublevacion de la opinion pública contra los marseleses era general en la poblacion: en la sesion de la Asamblea del dia siguiente se presentaron numerosas peticiones pidiendo su salida; las tribunas silvaron á los peticionarios; Merlin pidió que se pasase á la órden del dia, Mon-

taud acusó á los caballeros del puñal; Gaston vió en ellos una provocación de la corte para principiar la guerra civil; Grangeneuve denunció los proyectos de venganza meditados por la guardia nacional, y los demás diputados girondinos eludieron con desden la petición de alejar á los marseleses y se sonrieron á estos preludios de violencia.

Intimidada la corte por estos síntomas, trató de asegurarse de los gefes de esta tropa corrompiéndolos, por cuyo medio creía haberse atraído á Danton, pero si se corrompe fácilmente á la intriga, no sucede lo mismo con el fanatismo: entre los marseleses había hombres sanguinarios, pero no había traidores, por lo que se tuvo que renunciar á este medio de seducción.

Por su parte, Marat dirigió á Barbaroux un escrito incendiario para ser impreso y distribuido á los soldados. Marat provocaba en estas páginas una matanza en el cuerpo legislativo, pero quería que se librase al rey y á la familia real. Sus relaciones sordas y fugaces con los agentes secretos de la corte hacían sospechosa esta humanidad de una pluma que no destilaba sino sangre. Marat entonces no creía aun la victoria del pueblo en la crisis que se preparaba, y pidió el 9 de agosto una conferencia secreta á Barbaroux, en la que le instó vivamente para que lo sustrajese á los golpes de sus enemigos, llevándole consigo á Marsella disfrazado de carbonero.

XIX.

Otro paso tuvo lugar en nombre de Robespierre, sin que él lo supiese, para atraerse á los marseleses á su causa. Dos de sus confidentes, Panis y Freron, colegas suyos en el ayuntamiento, hicieron llamar á Barbaroux y á Rebecqui á la casa de la ciudad, so pretexto de dar

á los batallones marseleses un cuartel mas próximo al centro de los movimientos de la revolución, que eran los Franciscanos. Esta oferta fué aceptada. Panis, Freron y Sergent ocultaron sus ideas. «El pueblo necesita un gefe, Brissot aspira á la dictadura, Petion la posee sin ejercerla, es un talento demasiado pequeño, ama sin duda la revolución, pero quiere un imposible; ¡las revoluciones legales! si no se violenta su debilidad nunca obtendrá resultados.»

Al otro día Barbaroux se dejó conducir á casa de Robespierre; el fogoso jóven meridional se admiró al entrar en casa del austero y frio filósofo; la personalidad de Robespierre, semejante á un culto que se diese á sí mismo, respiraba hasta en los simples adornos de su modesto gabinete. En todas partes estaba reproducida su imagen por el lápiz, el pincel ó el buril. Robespierre no pasó de las reflexiones generales sobre la marcha de la revolución, sobre la celeridad que los jacobinos y él mismo habían impreso á sus movimientos, sobre la inminencia de una crisis próxima y sobre la urgencia de dar un centro, un alma y un gefe á esta crisis, invistiendo á un hombre de la omnipotencia popular. «Nosotros no queremos sustituir un dictador á un rey,» respondió bruscamente Rebecqui marchándose, y Panis, acompañando á los jóvenes marseleses, dijo á Rebecqui apretándole la mano: «Habeis comprendido mal, no se trata sino de una autoridad momentánea é insurreccional para dirigir y salvar al pueblo, y de ninguna manera de una dictadura. ¡Robespierre es sin duda este hombre del pueblo!

Esceptuando esta conversacion, provocada por los amigos de Robespierre sin su conocimiento, como hemos dicho ya, y aceptada por los gefes marseleses, nada indicó en Robespierre la ambicion prematura de la dictadura, ni aun ninguna participacion directa en el movimiento del 10 de agosto. La república era para él una perspectiva relegada en una lontananza casi ideal; la re-

gencia le presagiaba un reinado débil y cien trastornos civiles; el duque de Orleans le repugnaba como una intriga coronada, y la Constitucion de 1791, lealmente practicada, le hubiera satisfecho á no ser por las traiciones que imputaba á la corte. La dictadura que ambicionaba para él era la dictadura de la opinion pública; la soberanía de su palabra no aspiraba á otro imperio, y todo movimiento convulsivo de las cosas podia perjudicarle.

LIBRO VEINTE.

Fermentacion.—Los marseleses y el ayuntamiento de París piden la proscripcion del trono.—La corte se prepara á la resistencia.—La acusacion de La Fayette es rechazada.—Insulto á los diputados constitucionales.—Preparativos de los insurgentes.—Noche del 9 al 10 de agosto.—Tócase á rebato.—Escenas íntimas entre los conjurados.—Angustias de la reina y de madama Isabel.—Descripcion de las Tullerías.—Disminucion de las tropas.—Espíritu que las anima.—Posibilidad de rechazar á los insurgentes.

I.

Sin embargo, la fermentacion crecia de hora en hora. Por todas partes se oía aquel murmullo sordo que presagia las catástrofes de los imperios, como las de la naturaleza. La Fayette decian que iba á marchar sobre París. El viejo Luckner habia confiado este proyecto á Guadet en una comida en casa del obispo Gobel. Advertido del peligro de esta confianza, Luckner se retractaba ahora; los federados acumulados en París, rehusaban salir pretestando las traiciones manifiestas de los generales aristócratas á cuyas órdenes se les mandaba, no á la victoria, sino á la muerte. Dumouriez habia recibido la